



IX.

CAMBOJA, SIAM, JAPÓN

1593-1598.

Arrogancia de los japoneses.—Embajada de éstos y del Rey de Camboja.—Preparativos contra el Maluco.—Asesinato de Das Mariñas.—Proezas en los reinos de Siam.—Taico-Sama.—Despojo del galeón *San Felipe* y crucifixión de misioneros.—Reconocimiento de la isla Formosa.

QUANTRE los chinos establecidos en Manila con barrio especial y casas de banca, sostenedores del comercio activo extendido hasta Nueva España, habíanse introducido algunos japoneses industriosos, que hacían venir de su país harinas y otros artículos á cambio de los productos del suelo. Por gestion de estos mercaderes llegó embajada del Emperador, designado en los escritos de la época con el título de Tayco-Sama, pretendiendo nada menos que el reconocimiento de su autoridad y pago de tributos por los que habitaban en las islas Filipinas. Si se calcula la acogida que tendría el industrial extraño que se apareciera en Albacete con propósito de venta de navajas, podrá formarse idea de la recepción que un Gobernador español del siglo xvi había de hacer á los portadores de comisión que promovía su risa. Díjoles en el acto, con seriedad, que su señor no entendía lo que era pago de tributos, acostumbrado como estaba á cobrarlos; pero se reservó la contestación de la carta, ofreciendo enviarla por manos de em-



bajadores suyos; y desentendiéndose, hábil político, de la insinuación estrafalaria, designó á cuatro frailes de la Orden de San Francisco para devolver la visita, encargándoles afirmar de viva voz la conveniencia mutua que resultaría del establecimiento de relaciones de amistad y comercio, así como de la navegación directa y cambio entre las islas. El Tayco-Sama recibió á los religiosos sin acordarse de los fieros de la carta; consintióles fundar casa y predicar la fe, é hizoles honra, promoviendo desde entonces la comunicación ¹.

Ocurría esto en el año 1593, y casi al mismo tiempo arribaban á Manila también comisarios del rey de Camboja; portugués uno, castellano otro, trayendo de regalo elefantes, los primeros que se vieron en las islas, en gracia de la solicitud de amistad y alianza contra el rey de Siam, su vecino. El gobernador Das Mariñas devolvió los regalos y despachó á los embajadores con buenas esperanzas y propuestas análogas á las del japonés en lo relativo á transacciones mercantiles, que en lo demás no se sentía inclinado á las aventuras, por más que le agradara la opinión divulgada del poderío español.

Más urgente juzgaba, como empresa recomendada por el rey D. Felipe, acudir al remedio del azaroso estado del Maluco, para lo que venía disponiendo recursos y armada, construída expresamente una galera capitana de veintiocho bancos, dispuestas tres más y hasta cien velas entre galeotas, fragatas y embarcaciones del país ², embarcando casi 1.000 españoles, 400 pampangos arcabuceros, 1.000 visayas, aparte de los remeros y gastadores. Nunca se había visto en las aguas de Oriente armamento parecido, capaz de romper cualquier obstáculo. Mas habíase tomado por mira el Ma-

¹ Acaso sean de entonces dos relaciones manuscritas incluidas en la *Colección Navarrete: Descripción del Japón por un español que estuvo allí el siglo XVI*, t. XVIII, número 72; *Discurso sobre la población de las islas Filipinas y su contratación, así con la Nueva España como con la China, Japón y demás islas, sus comarcas*, t. XVIII, número 46.

² Doscientas velas anota Morga, diferenciando á otros historiadores.



luco, como dicho queda, y el Maluco fué siempre para los españoles lugar malhadado, no quedando de él otra memoria grata que la historia que escribió con maestría Bartolomé Leonardo de Argensola.

Das Mariñas dió la vela del puerto de Cavite el 17 de Octubre de 1593, destacando á vanguardia á su hijo D. Luis con orden de esperar en las islas de los Pintados ó Visayas. Había enganchado para remeros de la capitana 200 chinos voluntarios ¹, creyéndolos de más esfuerzo que los indios y confiando en la buena paga y halago que les hacía, por lo que no llevaba más de 40 españoles de guarnición en custodia de su persona y de la caja de caudales. Esta despertó desde el instante la codicia de los celestes, que la marcaron por suya; y como la galera fondeara á la segunda noche en compañía de algunas fragatas, en la hora del sueño se alzaron los chinos y asesinaron al General y compañía, sin que escaparan á la matanza más que dos españoles por no verlos. En el acto dieron la vela, yendo á parar á Cochinchina, donde el Rey les tomó lo que llevaban de valor, así como dos piezas de artillería gruesa y el estandarte, dejando perder el buque en la costa y que los asesinos se dispersaran huyendo por tierra.

La armada, falta de cabeza, volvió á Manila, aguándose la conquista de Terrenate, que se tenía por cierta, mas no sin compensación que pareció providencial, porque á principios del año siguiente de 1594 entraron en la bahía champanes chinos sin mercancía, con mucha gente de guerra y mandarines que, á vista de la armada, procuraron explicar su presencia ante el Gobernador, alegando fútiles pretextos contra presunción de haberlos conducido la noticia de estar las islas desguarnecidas.

También llegó por entonces al puerto una embarcación procedente del reino de Camboja, conducida por Blas Ruiz de Hernán González, aventurero manchego, y por Pantaleón

¹ Doscientos cincuenta según Fr. Gaspar de San Agustín; mas parecen muchos, porque, aun á siete por remo, sumarian 196.



Carnero y Antonio Machado, portugueses, con nueva de discordias y guerras en la región de que habían escapado. Contaban que el rey de Siam había invadido las tierras de su vecino el de Camboja, apoderándose de la capital Chordemuco y preso á los extranjeros que estaban al servicio de Prauncar Langara y defendían sus intereses, mientras él buscaba refugio en la corte de Laos. Uno de los referidos extranjeros, Diego Belloso, portugués, fué llevado por los vencedores en su regreso á Siam; Blas Ruiz, Carnero y Machado, de que se ha hecho mención, embarcados en un junco de guerra con destino á la ciudad de Odía, adonde iba lo más rico del botín cogido.

Conociendo la rapacidad de los chinos que formaban parte de la tripulación, les insinuó Ruiz el buen negocio que podrían hacer alzándose con el navío y llevándolo á cualquier puerto del Celeste Imperio; insistió secretamente en la tentación, dando traza y seguridad del resultado si á él y á los dos compañeros soltaban las prisiones; en una palabra, fueron atacados de noche y por sorpresa los siameses, sucumbiendo los más; y como al distribuir la presa estuvieran advertidos los chinos de que tanto mayor sería la parte cuantos menos se la repartieran, vinieron á las manos unos con otros con tal saña, que, muertos muchos, llegaron á hacerse dueños de la embarcación los tres españoles, como desde el principio habían pensado; y alcanzando sin otro accidente la bahía de Manila al mando de Blas Ruiz, les fué adjudicada la presa.

El rey de Siam juzgó por la tardanza que algo siniestro debía haber ocurrido al junco; y como la riqueza que portaba valía la pena de tomar informes, envió á reconocer la costa, buscando persona conocedora de los mares inmediatos. Esta ocasión aprovechó el prisionero Diego Belloso, haciendo valer su pericia marinera, y embarcándose bajo la vigilancia de un mandarín y guardia de confianza; pero también halló expediente para quitar de en medio á los custodios y entrar en Manila dueño del barco.

¹ *Cho-da-mukha*: significa residencia de mandarincs.



Por estas circunstancias volvieron á encontrarse Blas Ruiz y Diego Beloso, compañeros y émulos toda su vida. De acuerdo para inclinar el ánimo del Gobernador accidental, D. Luis Das Mariñas, á disponer una expedición que favoreciera en Camboja al rey destronado Langara, pintando muy fácil la restauración, de que no podría esperarse menos de un buen puerto de escala, cuya posesión serviría de base de operaciones á la conveniencia de España en lo futuro, contra la opinión de personas sensatas de la capital, incluso los capitanes de guerra, alcanzaron la autorización, armando tres bajeles; uno de mediano porte, al mando del sargento mayor D. Juan Juárez Gallinato, jefe superior, y dos menores, gobernados por Ruiz y Beloso, llevando entre todos 120 españoles, algunos japoneses cristianos y pocos indios filipinos.

Hiciéronse á la mar á principios del año 1596, empezando una serie de aventuras y de hazañas que hicieran brillar entre los héroes á los ejecutores á depararles la suerte época distinta y teatro menos lejano al centro de la cultura europea. Tomáranse sus hechos por invención de libros de caballerías si tantos y tan respetables autores no los hubieran recogido, apoyándose en el testimonio de documentos subsistentes en los archivos ¹.

Separados los navíos con temporal, el de Gallinato, en que iba la mayor parte de los españoles, arribó al estrecho de Singapore, donde se detuvo muchos días; el de Blas Ruiz primero, después el de Beloso, alcanzaron con trabajo la costa de Camboja y subieron por el río Mecon ó Mekong, hasta la ciudad de Chordemuco. Allí supieron que los man-

¹ He publicado en el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, año 1893, tomo XXXV, pág. 201, compilación de estos sucesos en artículo que lleva por título «Españoles en Camboja y Siam corriendo el siglo XVI». En la *Colección Navarrete* se contienen: *Relación y sumario de lo que ha sucedido y se ha proveído y ordenado en el Gobierno de las islas Filipinas desde que entró en él D. Luis Pérez das Mariñas hasta Junio 1594.* (T. XVIII, números 53 y 54.)—*Relación y descripción de los reinos de Champa y Siam, y de otros sus comarcas de la India Oriental, muy circunstanciada, hecha en Manila por Diego Beloso, Blas Ruiz de Fernán González, Gregorio de Vargas Machuca, Francisco de Sagredo, Diego de Chaves Cañizares y Pantuleón Carnero.* Año 1595. (T. XVIII, núm. 56.)



darines, alzados contra los invasores siameses, los habían arrojado del país y estaban bajo la férula de uno de ellos, hábil en hacerse proclamar rey sin consentimiento de los otros.

No podían soñar coyuntura mejor los expedicionarios, hallando el reino dividido en tantas fracciones como mandarines pospuestos tenía, en guerra interior y exterior á la vez, revuelto y enconado. Empezando por anunciar á Anacaparán (que así se llamaba el Rey intruso) la próxima llegada de Gallinato con fuerzas formidables, procuraron con ahinco unir contra él á los descontentos, á reserva del mejor derecho de cada cual á suplantarle, propósitos que no se ocultaron al astuto usurpador, por más que contemporizara con los extranjeros, temiendo que interceptaran seis champanes chinos que tenía en el río con valioso cargamento, aunque, á precaución, había reforzado su guarda y marchado á la ciudad de Sistor, distante 27 millas del puerto.

Sea porque los chinos se insolentaran, como los españoles dijeron, ó porque éstos no sufrieran con paciencia la inacción, no tardaron en hacer una sonada, tomando al abordaje los seis champanes, con muerte de mucha gente, alborotando á toda la población de la misma naturaleza, que era muy numerosa, y en la que principalmente se apoyaba Anacaparán. Arrepintiéronse, por consiguiente, de una victoria que les colocaba en situación gravísima á no llegar de seguida Gallinato ó encontrar medio de apaciguar la cólera del Rey.

Blas Ruiz y Diego Belloso, en consulta con el dominico Fr. Alonso Jiménez, decidieron como lo más prudente subir los tres por el río con escolta de 50 hombres, pedir audiencia á Anacaparán y darle cumplida satisfacción de la refriega ocurrida por agresión de los chinos; mas apenas desembarcaron de los bateles les rodeó la multitud armada, negándose sus jefes á escuchar razones, y amenazándoles con la muerte si inmediatamente no devolvían los champanes con el contenido.

Desesperada fuera la situación de aquellos pocos extranjeros á no ser los caudillos de los que aman el peligro. Lejos de desmayar, se mantuvieron en actitud expectante mientras



duró el día; en la obscuridad buscaron sitio á propósito para atravesar un brazo del río que los separaba de la ciudad; entraron sin ser esperados ni sentidos; pusieron fuego al palacio y á los almacenes; sembraron el espanto entre los pobladores, haciendo matanza horrible, que duró hasta muy entrado el día siguiente, y en la que pereció el mismo Rey; mas no por el éxito de tan audaz empresa se hicieron la ilusión de volver sin riesgo á las embarcaciones al emprender la retirada. Por rápida que fuera su marcha, cansados como estaban y faltos de conocimiento del terreno, dieron tiempo á que el enemigo se reuniera y los atacara por la espalda, si bien fué para sufrir nueva derrota con no escasa pérdida. Los españoles, maravilloso parece, no tuvieron un solo muerto, y volvieron á sus bajeles.

Llegó en esto Gallinato, colmando de alegría su vista á los vencedores. Contáronle lo ocurrido, explicando el cambio que en la situación del país iba á producir la muerte del usurpador, toda vez que, animados los mandarines, levantarían la bandera de Langara, el rey legítimo; y, en efecto, muchos cambojanos de suposición llegaron á visitar la escuadra, refiriendo pormenores de la muerte de Anacaparán y confirmando el juicio de Ruiz y Belloso. No obstante, Gallinato no quiso dar crédito á nada de lo que se le decía, ni menos seguir el consejo de empezar la campaña; al contrario, censuró agriamente el proceder de sus subordinados por no haber esperado su llegada, tomó para sí, como en castigo, todo el botín que se había sustraído á los chinos y cambojanos, y sin más dispuso dar la vela para Manila.

Por más que la determinación echara por tierra los planes de nuestros dos aventureros, no admitiendo réplica, ni siendo Gallinato hombre que admitiera reflexiones, no se desanimaron ni desistieron, pensando si algún rodeo les conduciría al fin cuyo camino directo se cerraba, y con idea de ir por tierra á Laos, donde residía el rey destronado de Camboja, propusieron al jefe de la escuadrilla, porque no fuera del todo estéril la expedición, hacer escala en la costa de Cochinchina para reclamar la galera en que fué asesinado el gobernador



anterior de Filipinas, Gómez Pérez Das Mariñas, refugiada en aquel reino, ó por lo menos el estandarte y la artillería.

Accedió Gallinato, no hallando pretexto con que negarse á tan razonable demanda, si bien pensando utilizar en su provecho la terquedad de los subordinados, porque el viaje al interior, que autorizó también, le desembarazaba de dos personas cuyo testimonio, al regresar á Manila, podría dar á su alejamiento de Camboja aspecto muy distinto del que se proponía pintar.

El rey de Tonkín, lejos de acceder á la entrega de los efectos reclamados, trató de apresar la nao de Gallinato, por lo que se salió del puerto, echando á fondo algunas de las embarcaciones que le acometieron.

Ruiz y Belloso, obtenida licencia del rey de Sinna para atravesar sus estados, emprendieron solos el viaje, llegando sin obstáculo á la ciudad de Alanchán ¹, capital de Laos, cuyo soberano les recibió muy bien, pero con tristes nuevas. Prauncar Langara y sus dos hijos mayores habían fallecido, quedando de la familia el joven Prauncar bajo la tutela de mujeres que formaban el Consejo de regencia. Lo que hablaron para persuadirlas á marchar sin dilación no es decible, estrellándose su persuasivo razonamiento en el recelo mujerial, que estimaba más seguro el refugio de Laos que la perspectiva de campaña empezada con ejército compuesto de dos hombres, hasta que la llegada del mandarín Acuña Chu con diez paraos bien artillados, y la seguridad que daba de estar el reino más dividido desde la muerte de Anacaparán, resistiendo á Chupinanón, su hijo, reforzó los argumentos de los españoles, acabando su energía por vencer á la vacilación. Belloso y Ruiz emprendieron, por fin, el viaje á Camboja con la familia real.

Nombrados caudillos y directores de la guerra los dos iberos, la empezaron con los de los jefes malayos musulmanes, atraídos al bando, procediendo con tacto político tan acertado, como grande energía y desusada actividad en aquellas

¹ *Lant-chang.*



regiones. Dijérase que tenían sujeta á la fortuna y aliada á la victoria, observando de qué modo progresaron hasta concluir con las resistencias y proclamar rey á Prauncar.

La Regencia significó agradecimiento á los restauradores, nombrándoles *Grandes Chofas*, dando á cada cual una provincia en feudo, con otras mercedes, aunque no tantas como se les había ofrecido en el asilo de Laos, ya porque en Camboja, como en otras partes, exista diferencia entre el dicho y el hecho, ya porque Asia no sea excepcional en el dominio de las pasiones que por acá llamamos envidia y celos. Los jefes malayos no veían de buen talante la influencia de extranjeros de otra raza. Mientras duró la guerra guardaron encerrado el despecho; mas cuando el reino estuvo sosegado dejaron conocer su mala voluntad suscitándoles dificultades de toda especie aun en la misma Corte.

Así las cosas, instigó Blas Ruiz al Rey á firmar carta dirigida al Gobernador de Filipinas pidiendo envío de misioneros, con promesa de completa seguridad para sus personas y las de los cristianos cambojanos. Con ella fué otra de aquel Capitán, datada á 20 de Julio de 1598, relatando los sucesos, guerras, conspiraciones, ejecuciones y asesinatos; tratando de la producción natural del suelo, y refiriendo, por último, la rivalidad de los mandarines. Estimaba que, á ser otro el proceder de Gallinato, pertenecería á España, si no todo, lo más del reino, estando gobernadas por castellanos las provincias, y teniendo en los puntos estratégicos castillos y fortalezas, al paso que la situación era de presente difícil y exigía el envío de una expedición si no se quería perder lo adelantado.

Los asuntos iban, efectivamente, de mal en peor. Un fraile que accidentalmente llegó con 14 españoles aumentó por de pronto el prestigio de Ruiz sin contrarrestar el de los malayos, que aprovechaban la proximidad de su país para engrosar continuamente las filas de sus servidores. Además alcanzaron del rey de Laos un ejército auxiliar de 5 á 6.000 hombres. cuyos jefes quisieron también intervenir en el gobierno: la misma pretensión abrigaban ciertos japoneses, apoyados en los buques de guerra en que servían, y, por remate, ha-



biendo llegado un portugués que dejó en tierra algunos hombres de la tripulación, se cansó Beloso del papel secundario que había hecho hasta entonces, queriendo anteponerse á Ruiz en el mando.

El Rey, de carácter débil, se había abandonado al vicio de la embriaguez desde que se vió en el trono, entregándose en manos de las mujeres, que, celosas del español, tejían madeja de intrigas, de que con dificultad conseguía desenredarse. Se concibe que semejante conducta no fuera la más á propósito para sujetar los espíritus turbulentos y mal avenidos que rodeaban á la Corte. Más de una vez vinieron los mandarines á las manos casi en presencia del desprestigiado soberano, alentándose al postre la insurrección vencida, y volviendo á rebelarse á la vez varias provincias.

Blas Ruiz se alió con los japoneses en sostén de los intereses mutuos; pocos eran en número; no obstante, en las revueltas ó batallas formales en que tomaban parte, cuando el Rey en apuro los solicitaba, el triunfo era seguro, manteniendo el prestigio y reputación del Capitán, pero creciendo también sin límites el odio de los demás partidos.

En ocasión de una de las marchas, no habiendo quedado en el cuartel más que los enfermos y heridos, lo atacaron las tropas de Laos y mataron al fraile con algunos otros españoles y japoneses. La venganza fué terrible: á falta de justicia del Rey, se la hicieron por sí mismos; los jefes malayos y los principales mandarines fueron sucesivamente muertos, encerrándose tras esto en su cuartel, sin querer continuar la guerra contra los rebeldes, que se envalentonaron, y ganando una batalla importante, vinieron con el pretendiente á las puertas de la capital. Entonces fueron los ruegos, las promesas del Rey, las lágrimas de las princesas, tan altivas poco antes; entonces pareció poco cuanto la Corte poseía para atraer al hombre de hierro, al español, única esperanza en la fatal extremidad; y entonces Ruiz se hizo valer, retardando la acción porque fuera más señalada, como lo fué, con la destrucción del indisciplinado ejército rebelde y el considerable botín que produjo.



En Manila hicieron escaso efecto las excitaciones de nuestro Capitán; harto tenían que hacer por allí con los moros y piratas de Joló y de Mindanao, lanzados á la ofensiva con daño, y no era terreno lo que hacía falta, al decir de los hombres de arraigo; además, había pintado Gallinato las cosas á su modo, dando fuerza á la argumentación de los enemigos de aventuras. Con todo, fray Alonso Jiménez, que, como es dicho, estuvo en la anterior expedición, tomó á su cargo la cruzada, abogando por otro armamento; y ya que no pudiera obtenerlo del Gobierno, estimuló á D. Luis Das Mariñas, que acababa de dejarlo, á acometer la empresa por su cuenta y riesgo. Pretexto para entrar en armas en el país no había de faltar: no falta nunca al más fuerte. Ibase á consolidar el trono de Prauncar con el favor de la justicia y el derecho. Después, con su permiso, se pasaría al inmediato estado de Champán¹, de que podía tomarse posesión sin dificultad, toda vez que estaba usurpado, y su reyezuelo insultaba á la cristiandad con una fortaleza en la costa, nido de embarcaciones que, sin distinguir de banderas, desvalijaban á las europeas empleadas en el comercio de China y Japón, cometiendo asesinatos y otros crímenes en la impunidad. Con estos antecedentes, informaron los teólogos y jurisconsultos que la guerra y conquista de aquel país, cuya situación, con respecto á los intereses de España, no era de menos importancia que la de Camboja, estaban justificadas. Don Luis Das Mariñas obtuvo, por tanto, autorización de levantar gente voluntaria y emprender con su bolsillo las operaciones que tuviera por buenas. Armó dos buques medianos y una galeota, embarcando 200 hombres con abundancia de bastimentos, y se hizo á la mar el mismo año de 1598.

La suerte no le fué propicia; luchando con tormentosos tiempos naufragaron los dos barcos mayores en la costa de China, sufriendo muchas vicisitudes²; únicamente la galeota,

¹ Ó Chiampa: los naturales lo nombran *Xiem-La*.

² Constan en la *Relación de los sucesos de D. Luis Pérez Das Mariñas, en la jornada que se ofreció hacer á su costa para la empresa de Camboja, en la tierra firme de*



mandada por el alférez Luis Ortiz, conduciendo 25 españoles, llegó á Chordemuco. Así y todo, pareció á Ruiz considerable el refuerzo que le arribaba, aunque con él no sumara su ejército 100 hombres. Dos meses más tarde se le agregó una fragata con el capitán Juan de Mendoza Gamboa y el dominico fray Juan Maldonado, persona de mucha ilustración; y estando por entonces reconciliado con Beloso y su tropa portuguesa, contó más fuerza que nunca.

Sirviéndole de garantía, manifestó al Rey ser llegado el tiempo de recibir la remuneración debida á sus servicios, que fijaba en la concesión de terrenos donde construir una fortaleza. La petición irritó á lo sumo á las princesas de la Regencia, lo mismo que á los malayos, que dilataban la respuesta convocando á conferencias interminables, sistema de la diplomacia oriental, que obligaba á los jefes españoles á separarse del campo atrincherado á orilla del río. En su ausencia hubo más de una riña con los malayos, que de intento iban á provocarlos; empezaban individualmente, pero solían hacerse generales, resultando muertos y heridos de cada parte, dando motivo después á nuevas conferencias y arreglos, consumo inútil de tiempo y preparación del complot que se fraguaba.

El alférez Luis de Villafañe, que solía mandar el campo mientras se hallaban en la ciudad Beloso y Ruiz, se exaltó en una de las riñas en que fué gravemente herido su compañero Luis Ortiz, al extremo de olvidar las instrucciones recibidas y aun los consejos de la prudencia, sin los que entró á degüello y sacamano con los malayos. En vano Ruiz y Fr. Juan Maldonado acudieron á remediar el conflicto; las mujeres levantaron al pueblo en masa, lanzándolo sobre los extranjeros; y como no estuvieran reunidos ni con prevención del peligro, españoles, portugueses y japoneses fueron acorralados por la muchedumbre; y aunque la defensa fuera como es de suponer en tan aguerridos soldados, allí quedaron todos, á excepción de Juan de Mendoza, bien afortunado en dar la

la China. Ms. Colección Navarrete, t. XVIII, núm. 60. En la Biblioteca de S. M. el Rey se conserva otro ms. Carta á fray Diego de Soria, Obispo de Nueva Segovia, sobre el mal suceso de la jornada de Camboja.



vela precipitadamente en el último trance, y escapar de los paraos, que le persiguieron largo espacio.

Blas Ruiz de Hernán González y Diego Belloso terminaron juntos los sobrehumanos hechos de su carrera; sucumbieron como habían vivido, haciendo prodigios de valor y teniendo enfrente miles de enemigos. Con ellos concluyó por entonces la ingerencia de España en aquellas regiones del Asia, si á España es de adjudicar la obra privativa y espontánea de estos sus hijos; y como si fueran sostén del reino de Camboja, después de ellos cayó en la más espantosa anarquía y fraccionamiento, asesinado el Rey por los que habían de disputarse sus despojos, que al fin tuvieron la misma desdichada suerte.

Me he extendido en la exposición de sucesos ocurridos en el Extremo Oriente por ser dignos de recordación y no verlos indicados en las historias generales, siendo así que marcan los pasos dados con objeto de relacionar la entidad vigorosa de los españoles arraigados en las Filipinas con los imperios inmediatos. Con este objeto se cambiaron embajadas con China, alcanzando la concesión del puerto de Pinal, próximo á Cantón, para fundar factorías comerciales en las mismas y mejores condiciones acordadas á los portugueses en la de Macao, aunque ellos procuraron impedirlo usando de toda especie de artes malas y buenas, y llegaron á hacer armas contra las naves de D. Luis Das Mariñas ¹; ellos, súbditos del rey D. Felipe. Hiciéronse á la vez intentos en el Japón, interrumpidos algún espacio por ocurrencia que es de contar ².

En el mes de Julio de 1596 salió de Cavite la nao *San Felipe* con destino á Acapulco, dirigiéndola D. Matías de Landecho, general de la Carrera. Luchó desde el principio de la navegación con tiempos borrascosos en tan grave estado el buque, que los tripulantes lo creyeron perdido, habiendo

¹ Carta de D. Fernando de los Ríos Coronel al Dr. Antonio de Morga, publicada en la obra de éste, *Sucesos de Filipinas*, fol. 55 vto.

² Lo hice con alguna amplitud en *La España Moderna* (Madrid, Mayo de 1894), en artículo encabezado: «Cómo han ido civilizándose los japoneses».



desarbolado de todos los palos y rendido el timón. Muchas veces lo vieron cubierto por las olas, atravesado á sus golpes y casi zozobrado, hasta que pasó el huracán ó vaguio en que estuvo envuelto horas mortales.

Averiguada la situación por observaciones astronómicas, resultó hallarse en 37° de latitud, á seiscientas leguas de las islas Filipinas y á ciento cincuenta de las del Japón. La vuelta á las primeras, sobre ser más larga, ofrecía, con la contrariedad de los vientos reinantes, dificultades casi insuperables, sirviéndose de las *bandolas* ó palos improvisados con las piezas de arboladura de respeto; el camino que conducía al Japón no era tampoco breve; tenía por término costa muy peligrosa, completamente desconocida á los oficiales del *San Felipe*, y dado caso que salvaran los arrecifes, quedaba en duda el recibimiento de los naturales. La Junta de jefes no creyó, por tanto, que debía adoptarse resolución sin meditarla mucho, divididas como andaban las opiniones. Una parte se inclinaba á volver á Manila á todo evento, en la creencia de que los peligros de la mar no eran tanto de temer como la mala fe de los japoneses; mas la mayoría combatió la aserción razonando que las relaciones comerciales de la plaza de Manila con la de Nangasaki y la acogida en esta de misioneros españoles, eran garantías suficientes para contar con buena acogida, y de hecho con los recursos necesarios para reparar las averías y continuar la navegación. Formadas que fueron las *bandolas*, se hizo, pues, rumbo á las islas como consecuencia del acuerdo, avistando al sexto día la costa de una provincia llamada Toza.

Muchos juncos del país se aproximaron inmediatamente al galeón, indicando puerto inmediato que ofrecía completa seguridad para cuanto desearan. La autoridad local ofreció toda especie de servicios al General, que, por prudencia, hizo sondar la entrada de dicho puerto, nombrado Hurando; y como se cerciorara de que, en efecto, era capaz y hondable, aceptó el remolque brindado por las embarcaciones prácticas, sin poder sospechar la perversa intención que realizaron, de embarrancarlo en un bajo dentro del mismo puerto.



Aparentaron los japoneses el mayor sentimiento por el accidente, que achacaban al mucho calado del buque, representando con tal perfección la comedia que tenían estudiada, y que tal vez no ejecutaban por primera vez, que nadie en el galeón dudó de sus propósitos. El ofrecimiento de los auxilios aparecía inteligente y desinteresado: de los mismos prácticos del puerto partió la indicación de alijar el buque sin pérdida de momento para volverlo á flote, y la facilidad de embarcaciones con que verificar la faena, así como de almacenes cercados y seguros, próximos á la ciudad, donde podrían depositarse cargamento y pertrechos con debida custodia.

Todo marchó á maravilla mientras no estuvieron en tierra los efectos: así que se trató de dar principio á las reparaciones del buque cambió la farsa, manifestando el Gobernador que para hacer carenas era de todo punto indispensable la autorización expresa de Taico-Sama, señor del Japón, que residía en su corte de Miaco, á cien leguas del puerto.

El general Landecho, receloso ya de tantas formalidades, no desesperó, sin embargo, de dominar la situación, confiando el resultado á una embajada. Despachó al efecto á uno de los jefes, dos frailes pasajeros y algunos oficiales portadores de un presente para el soberano, compuesto con los objetos de más valor que llevaba el *San Felipe*. Recomendó el General á estos sus mensajeros que se valieran desde luego de los PP. Franciscanos autorizados para residir en Miaco, donde tenían fundaciones de convento y hospital.

Las noticias que Taico-Sama tenía acerca del valor del cargamento y los presentes de la embajada que aceptó, sin recibirla, despertaron su codicia, decidiéndole á apropiárselo todo. En vano procuró evitarlo el prelado de los misioneros, Fr. Pedro Bautista, poniendo en juego las buenas relaciones de la Corte; el Emperador comisionó á uno de sus favoritos para ejecutar el despojo, é hizolo con todo rigor, poniendo presos á los españoles y amenazándoles de muerte si ocultaban el menor objeto, fundando la resolución en ser el *San Felipe* navío naufrago y pertenecerle por las leyes del país.



Intentó todavía el general Landecho algún remedio á la tropelia pasando en persona á la capital, con lo que empeoró la situación, irritando las observaciones de los misioneros en términos de declararlos Taico-Sama peligrosos en su reino, condenarlos á muerte y decretar la persecución de los cristianos que habían doctrinado. Por consecuencia, fueron crucificados en Nangasaki ¹ los religiosos con algunos neófitos ², dejando á los tripulantes del galeón en libertad de embarcarse para Manila en champanes chinos, desnudos, en la mayor miseria.

Sabida en Filipinas la historia lastimosa, se envió al Japón embajada reclamando los cuerpos de los frailes á favor de un presente valioso, y solicitando no sufrieran interrupción, por lo ocurrido, las transacciones, extremos á que defirió Taico-Sama, dando espontáneamente explicación de lo ocurrido en el concepto de haber observado las leyes de sus estados; pero la gestión le hizo formar pobre idea de las autoridades españolas, tomando por humillación el acto, y maduró desde entonces el proyecto de señorear aquellas islas, como de atrás pensaba, teniendo con cuidado á los vecinos hasta acabar su vida (16 de Septiembre de 1598).

Con este motivo hizo D. Juan de Zamudio reconocimiento hidrográfico de la isla Formosa, por si llegaba el caso de tener que ocuparla, extendiendo luego los estudios al puerto del Pinal y río de Cantón en China.

¹ El 5 de Febrero de 1597.

² Canonizados por Su Santidad Pío IX con el nombre de mártires del Japón, el 8 de Junio de 1862.